EDUCACIÓN BENEDICTINA: DOS PALABRAS

BENet 2019

Michael Casey OCSO

Es un privilegio poderles hablar hoy del aspecto “Benedictino”, de la Educación Benedictina. El haber decidido juntar las dos palabras ‘Educación’ y ‘Benedictina’, me hace pensar que lo que Uds. tienen en mente es un proceso que no se destaca en primer lugar por el contenido material de esa educación, sino más bien por las actitudes fundamentales y el ambiente que rodea su transmisión y el modo en que esto se hace. Lo que se sobreentiende es que este elemento formal de la educación es profundamente influenciado por aquella tradición que surge de la experiencia dela Regla de San Benito.

Sobra decir que no tengo nada que opinar acerca de los currículos. El contenido objetivo de la educación es definido, en su mayor parte, por instancias gubernamentales de acreditación o de evaluación y, en términos generales, es común a todos los colegios. Enfocaré por lo tanto mis comentarios más bien en su componente formativo, o en el contexto en el cual la materia es comunicada. Algunos quizás recordarán que Lord Halifax, un importante político británico (1881-1959) definió irónicamente a la educación como “aquello que queda una vez que has olvidado lo que aprendiste en el colegio”. Profundizando un poco, agregaba que “el objetivo de la educación debería ser volver la mente una fuente viva de agua, no un aljibe: porque lo que puede ser llenado meramente bombeando hacia adentro, luego –al revertir el bombeo hacia fuera– terminará vacío.”[[1]](#footnote-1) De lo que estoy hablando es procurar transmitir un amor por el aprendizaje que perdure mucho más allá de la obligación de retener detalles específicos, para enfrentar exámenes o pruebas escritas.[[2]](#footnote-2)

Mi tarea ahora, pues, consiste en hablar de algo que es real, pero que es, en gran medida, intangible. Mi plan es desarrollar mis pensamientos bajo dos títulos: dos palabras derivadas de la tradición. Una, que insinúa la actitud más apropiada en un educador, mientras que la otra nos da un bosquejo de la matriz formativa en la cual la educación se desenvuelve. Pero en primer lugar, permítanme decir algo sobre la tradición en sí.

1. **Tradición Benedictina**

¿Qué es lo que queremos decir al afirmar que pertenecemos a la tradición benedictina? Demasiado a menudo la palabra “tradición” se interpreta como algo inmutable e incluso pesado. Hay quien lo ve como algo simpático, excéntrico y con aire anticuado porque parece provenir de épocas lejanas y más cultas y, por lo tanto, tiene poco que ver con la cruda realidad del presente. Sin duda, a muchos les suena como algo más conservador que progresista, lo que puede parecerles bueno o malo, dependiendo de su punto de vista.

Esto, sin embargo, es una comprensión completamente equivocada de la naturaleza de la tradición. La palabra, más que a un sustantivo, se parece más a un verbo; se refiere a la acción de entregar algo, y no a la cosa que se entrega. Inevitablemente –al igual que cualquier otra cosa que es entregada de persona a persona o desde una generación a la próxima, y a cada cultura nueva– ésta se re-forma, tomando su nueva consistencia no del pasado, sino de la nueva situación con la que se enfrenta. La Tradición Benedictina se ha mantenido viva por medio de una permanente inculturación, logrando articularse con lo que sea que encontrara, donde fuera que llegara. Se adaptó por igual a la Alta Edad Media como a la expansión misionera del siglo XIX; tanto en las ciudadelas de la alta cultura como en las nuevas colonias de Australia. La tradición es, en su esencia, la transmisión de la vida y su forma precisa es determinada por el contexto que la recibe. Por ello, en cada una de sus muchas manifestaciones la Tradición Benedictina es única, a pesar que puede ostentar una continuidad que abarca más de un milenio.

La tradición espiritual constituye algo más que un fenómeno sociológico, porque en último término su energía se deriva de la revelación que Dios hace de sí mismo. De hecho, la palabra ‘energía’ podría ser considerada en cierto sentido casi como un sinónimo de tradición. Es el acto de entregar algo de un valor trascendente, permitiéndole mutarse como mejor convenga de acuerdo a la situación que lo recibe. Al fin y al cabo, una tradición espiritual, en el sentido cristiano, es entregar a los que vienen la Buena Nueva. La “Nueva” es “Buena” no sólo porque contenga información valiosa acerca de, por ejemplo, la moralidad o de la metafísica, sino porque comunica la capacidad y la energía para re-encarnar lo recibido, en una configuración nueva.

La Tradición Benedictina es más que un vocabulario especializado o un código de conducta, por admirables que nos puedan parecer. Es la transmisión de la vida. Siendo esencialmente una continuidad, su misión queda incompleta si no se vuelve un agente de cambio, o si no les mueve el piso, para bien, a los que la reciben. Es una historia dinámica y continua de un tapiz de creencias, valores y prácticas que toman forma a partir de aquel texto del siglo sexto conocido como la “Regla de San Benito”. Más allá de su contenido objetivo, existe un elemento de contacto de persona a persona que potencia su capacidad para iniciar un proceso de transformación. La tradición no existe sin las personas. Es imposible envasarla y preservarla. Es algo eléctrico: una chispa salta de una persona a otra. A esto se refería, probablemente, un mantra de la catequesis de los años sesenta: “La religión se contagia, no se enseña”.

En términos prácticos, esto implica que, antes de volvernos transmisores de la tradición, necesitamos ser sus receptores. *Nemo dat quod non habet*: sólo seremos capaces de comunicar a otros la “cosa benedictina” en la medida en que la hayamos acogido antes en nosotros mismos. Hemos sido formados por esta tradición y esa es la condición previa e insoslayable para contribuir a la formación “benedictina” de otros. Y sabemos que esto depende –mucho más que de cualquier cosa que podamos hacer– de lo que auténticamente somos.

Como ya dije, he querido tomar de la tradición dos palabras que caracterizarán nuestra interacción con aquellos a quienes nos toca cuidar. Ambas palabras engloban en su alcance a todo un universo, pero permítanme un rápido bosquejo de las implicancias que conllevan.

1. **La Primera Palabra: Honor**

Sir Larry Siedentop, ex profesor de filosofía política de la universidad de Oxford, empezó una búsqueda de los orígenes de ciertos temas de relevancia en la cultura contemporánea occidental, tales como la igualdad, la dignidad, y los derechos humanos. Al rastrear hacia atrás, pasando por los siglos de la Ilustración europea hasta el mundo de la Antigüedad Clásica, llegó a la conclusión de que las raíces del secularismo liberal actual se encuentran en ¡el Nuevo Testamento! Es decir, en la enseñanza de Jesús, y particularmente en la forma como la transmite San Pablo.[[3]](#footnote-3) “La igualdad de las almas en busca de la salvación estaba en el corazón de la creencia cristiana”,[[4]](#footnote-4) dice Siedentop, que desarrollará esta tesis detalladamente. Lo relevante aquí para nuestro propósito es el rol sustancial que él le asigna al monacato benedictino, al considerar a las instituciones monásticas como formadoras y transmisoras de esta tradición del humanismo cristiano.

“La imagen del orden social que preservó el monacato no fue la del mundo de la antigüedad. Más bien propuso un nuevo cimiento del orden social. A pesar de padecer numerosas falencias y de hacer componendas, el monacato asociaba lasnocionesde la ley y de la obediencia, no con costumbres inamovibles que carecían de la debida reflexión, ni con una fuerza externa que la impusiera, sino más bien con el libre consentimiento del individuo y el rol de la conciencia. El monacato permitió así vislumbrar ‘otro mundo’, aunque fuera lejano; un mundo que al menos se aproximaba de alguna forma a las intuiciones morales del cristiano.”[[5]](#footnote-5)

Y también leemos: “La organización gradual del monacato dice más de las motivaciones morales del cristianismo, que lo que pudo hacerlo la ‘religión oficial’ del Imperio Romano a fines del Siglo IV. En la medida en que los ermitaños y anacoretas se transformaban en cenobitas –es decir, la medida en que el ascetismo se volvió comunitario- las creencias cristianas empezaron a generar una nueva concepción de “comunidad”: una forma radicalmente nueva de organización social.”[[6]](#footnote-6)

Entre las cualidades de los monasterios benedictinos que más destaca Siedentop están: el hecho de que son asociaciones voluntarias (diríamos que son “comunidades intencionales”); el énfasis en la conciencia individual y su rol para definir las relaciones sociales; y el reconocimiento de la dignidad del trabajo, en un mundo donde todavía existía la esclavitud. “El tipo de comunidad consistente con la igualdad de las personas es esencialmente una comunidad de valores compartidos”.[[7]](#footnote-7) Y estos valores comunes, si son transmitidos a través de la enseñanza y son internalizados, hacen innecesaria una intervención vertical constante.

La Regla de San Benito reforzó la democratización de la autoridad, al insistir en que los líderes monásticos temperaran su gobierno con una cultura de la escucha y respetaran las diversas necesidades de cada monje. Su objeto era “trabajar en pos de la ciudadanía común del Reino de los Cielos”. Para promover tal igualdad moral, Benito procuraba eliminar las distinciones por motivos de procedencia social al interior del monasterio.[[8]](#footnote-8)

Dice también Sidentop: El ideal era la auto regulación o, dicho de otra manera, que los monjes tuvieran “un solo corazón y una sola mente”***.*** Tal auto regulación buscaba minimizar la necesidad de sanciones. Por muy difícil que fuera de lograr, en teoría “no existía distinción alguna” entre las personas, fueran de clase alta o baja, esclavos o hombres libres de nacimiento.[[9]](#footnote-9)

Quienes nos hemos formado a la sombra de la Contrarreforma y bajo la influencia continua de los príncipes abades del siglo XIX, tal vez hemos sido sometidos a una mirada no desinteresada a favor de la supuesta preferencia de San Benito por una fuerte jerarquía vertical. El asunto es un poco más complejo que lo que una primera lectura superficial nos muestra. Es cierto que el enfoque que inicialmente Benito tuvo de la obediencia fue más severo que el de la fuente en que se inspiró[[10]](#footnote-10). Puede haber sido porque él mismo nunca vivió como cenobita, *sub regula et abbate*. Pasó tres años aproximadamente como ermitaño y, en adelante, fue el superior en cada una de las comunidades en que vivió, y no siempre con éxito, hay que decirlo.[[11]](#footnote-11) En su Regla encontramos, sin embargo, evidencia de que su criterio y su práctica evolucionaron durante el transcurso de su vida. Por eso es correcto (en lo hermenéutico) leer su Regla de atrás para adelante, como sugiere Terrence Kardong[[12]](#footnote-12). La Regla es un documento complejo y, si nos fiamos de una lectura simplista de su texto creyendo que nos puede brindar rápidamente luces y puntos de vista fiables, nos engañamos completamente.

A mi parecer, la dinámica o motor de esta evolución que evidencia san Benito fue su apreciación de la dignidad de las personas. Estoy seguro de que los ejemplos de su preocupación en este sentido les son muy familiares, pero me permito apelar a su paciencia para dar una mirada a los ejemplos más relevantes de su actitud en esta materia.

Desde muy temprano, en su panorama de las buenas obras, san Benito nos da una firme recomendación “honrar a todas las personas” (RB 4,8). Es fácil pasarla por alto en esta lista larga de acciones loables. Esa honra que en el Decálogo se nos pide mostrar hacia nuestros padres, él la toma y la expande, para incluir a toda persona, suplementándola con la máxima de la Regla de Oro: “No hacer a otro lo que uno no desea que le hagan a si mismo”.[[13]](#footnote-13) La actitud de honrar implica más que tratar bien a las personas. La cortesía y urbanidad son importantes en el funcionamiento de cualquier grupo humano y, con un mínimo de habilidad, pueden ser ejercidas sin que nos exijan demasiados sacrificios. El respeto es ya una actitud que cala más hondo: reconoce la importancia del otro y de sus logros. La honra, sin embargo, trasciende incluso al respeto y nos lleva más lejos. Acepta al otro con agradecimiento simplemente por ser quien es, por el sólo hecho de ser persona, sin desear cambiarlo. Comunica una mirada positiva e incondicional.

Honrar a los demás significa estar dispuesto a ceder y ocupar una posición inferior respecto a ellos. Implica ofrecerles sitio para ocupar el espacio disponible, quedando uno en segundo plano para permitirles florecer. Disminuir para que ellos puedan crecer. El acto de honrar conlleva un grado alto de auto control, porque implica resistir mi impulso a imponerle a otro mi voluntad, mi estilo, o mi modo de hacer las cosas. Me exige ponerle rienda firme a los aires de infalibilidad que a menudo envuelven a mis opiniones, para que así los demás no se desalienten de expresar un parecer contrario. En cierto sentido, honrar al otro le da permiso para existir o, mejor, para seguir existiendo tal como es. Promueve el desarrollo de lo más profundo, al proporcionar un entorno fértil y estimulante para el crecimiento, en el cual el ser interior de cada cual se puede hacer cada vez más visible y activo.

El brindar honor debe ser un acto veraz; no se puede fingir. No es poco frecuente encontrarse con personas bien entrenadas en producir una apariencia de honor para adular a ricos y poderosos, pero esa "humildad" profesional se esfuma en cuanto quedan solos y, ‘tras bambalinas’, se mofan de la grandeza inducida y falsa de sus clientes. La clave del honor genuino es que es capaz de percibir, a veces bajo una apariencia bastante confusa, una dignidad que es única y que merece ser genuinamente valorada. Las personas capaces de honrar a otros son, a mi juicio, ‘individuos de alta calidad’ porque son capaces de ver más de lo que otros ven y, en lugar de exigir una alta consideración para sí mismos, la expresan y proyectan sobre aquellos con quienes se encuentran.

Instintivamente, tendemos a dar mayor honor a aquellos cuyas cualidades admiramos. San Benito nos llama a más. Nos invita a honrar a todas las personas, independientemente de su valor visible. Este honor indiscriminado se demuestra en la actitud reflejada en su capítulo sobre la acogida a los forasteros. Hay que tener en cuenta que cuando Benito habla de hospitalidad, no está hablando simplemente de entretener a amigos o ser amable con los benefactores, sino de recibir a extraños como si fueran el mismo Cristo. Observen la aparentemente exagerada solicitud a la que exhorta a sus monjes. La actitud que deben cultivar es la acogida a todos los forasteros, pero los llama a estar especialmente atentos a la dignidad de los pobres, que fácilmente se oculta al observador superficial.

Este honrar universalmente a los demás recibe una expresión explícita en las instrucciones que Benito da al abad sobre cómo servir a la comunidad.[[14]](#footnote-14) Escuchen este pasaje:

*No haga en el monasterio discriminación de personas. No ame más a uno que a otro, de no ser al que hallare mejor en las buenas obras y en la observancia (oboedientia). Si un esclavo se hace monje, no se le anteponga el que ha sido libre, de no mediar una causa razonable. Pero si, por un motivo justo, así lo juzga el abad, que lo haga, sea cual fuere su condición; si no, que cada cual conserve su puesto, porque todos "tanto el esclavo como el libre, somos en Cristo una sola cosa" y prestamos bajo el único Señor el mismo servicio pues "Dios no tiene favoritismos". Lo único que ante él nos diferencia es que nos encuentre mejores que los demás en buenas obras y en humildad. Tenga, por tanto la misma caridad con todos y a todos aplique la misma norma según los méritos de cada cual* (RB 2: 16-22).[[15]](#footnote-15)

Por una parte existe la igualdad, sí, pero, por otra, también hay una sensibilidad a las diferencias entre las personas. Si existiera algún favoritismo, se debe privilegiar a los débiles y los que no lo merecen (RB 34, 1); una opción preferencial para los pobres, por así decirlo. La tarea de un abad es *“el cuidado de almas enfermizas, no una tiranía sobre almas sanas”* (RB 27, 6).

El aceptar a cada uno como es y darle un trato personal es un aspecto central del servicio pastoral del abad. “*Sepa también cuán difícil y arduo es el oficio que aceptó: la dirección de almas y el servicio de temperamentos (mores) muy diversos”* (RB 2, 31). Les invito a poner atención en el adjetivo de la última frase; el rol del abad es estar al servicio de una *diversidad* de personalidades, de actitudes, de maneras de actuar. Esto incluye hasta una variedad de vocaciones dentro de la misma comunidad. No es sólo aceptarlas o tomarlas en cuenta, sino más bien darles prioridad aún por sobre sus propias preferencias. El abad es, al fin y al cabo, el representante de Cristo en la comunidad (RB 2, 2; 63, 13), que vino no para ser servido sino para servir. El abad está también sujeto al precepto de que *“nadie debe buscar lo que juzgue útil para sí, sino para los demás”* (RB 72, 7). Y esto no sólo se aplica en la vida personal del abad, sino también en su ministerio pastoral. Está llamado a tomar su guía desde las necesidades de los demás, y no de sus propias inclinaciones. El abad debe rendir el debido honor a la realidad de lo que está fuera de él mismo.

Esto no quiere decir que el ideal de abad sea un indeciso. San Benito muestra un camino para tomar decisiones que consta de cuatro partes: consejo, escucha, reflexión y juicio. Sólo tras estos pasos, considera que es prudente decidir y actuar. El consejo es más que sólo “preguntar a los de alrededor”. Involucra convocar formalmente a la comunidad entera –o, en asuntos de menor importancia, sólo a los mayores– y preguntar qué es lo que los otros consideran que él debería hacer (RB 3, 1). El consejo no es un pretexto para defender el propio punto de vista, sino la posibilidad para que el abad pueda precisamente escuchar puntos de vista distintos del suyo. Es por esto que los monjes más jóvenes o los menos visibles en la vida de la comunidad deben ser escuchados con mayor cuidado, ya que es a ellos, y a otros que pueden estar en las periferias, a quienes Dios no pocas veces puede revelar lo que es mejor (RB 3,3; 61, 4). La palabra interesante es “a menudo”. ¿Cuál es el sentido en consultar si uno busca simplemente corroborar o confirmar sus propias ideas? La escucha sincera a los demás requiere ser seguida por una reflexión seria. En la búsqueda de sus decisiones, el abad debe considerar que tendrá que rendir cuentas por su administración en el Juicio Final (RB 2, 6; 2, 37-39; 3, 11; 27, 5-7; 55, 22; 64, 7; 65, 22). Solo luego de este proceso preliminar puede él pesar las opciones y entrar en acción. San Benito anima al abad a dar la honra debida a los puntos de vista de otros en la comunidad, más que administrar su rebaño por medio de una secuencia de “decisiones del capitán” en base a lo que él cree adecuado según sus propias luces.

Al ejecutar sus decisiones, el abad no debe entrometerse en cada uno de los detalles. Al contrario de su inspirador, Benito reconoce el valor de lo que es la delegación y la subsidiaridad que es su fruto. Esto quiere decir que el abad no es el único que toma decisiones administrativas en el monasterio. Provee a la comunidad de decanos (RB 21), de un mayordomo (RB 31), de un prior (RB 65) –si así lo pide la comunidad–, y de otros quienes sirven en roles específicos, con un mandato y políticas de acción específicas. Se confía en ellos para operar dentro de estos parámetros. Estos delegados son elegidos por sus aptitudes para la tarea, y no como una expresión de ningún tipo de favoritismo (RB 21,1; 21,3-4; 31,1-2; 38,12; 47,1; 53,21; 58,6). San Benito mismo reconoce que puede haber circunstancias en las que el abad quizás no posea las habilidades necesarias para manejar una situación o una persona particularmente difícil, en cuyo caso debería recurrir a hermanos mayores con la sabiduría suficiente para ayudarlo a hacer lo que él por sí solo no puede. (RB 27, 2-3)

Las instrucciones que da san Benito al mayordomo reflejan la actitud básica del abad hacia los monjes. En primer lugar, debe preocuparse por el progreso de su propia vida espiritual (RB 31, 8) para asegurar que no actúe desde sus propias deficiencias u oscuridades, ni tampoco proyecte sus vicios hacia los demás. A continuación, cuidará de quienes se encuentran más indefensos (RB 31, 9). Debe evitar a toda costa contristar (RB 31, 6) o escandalizar (RB 31, 16) a los hermanos. Frente a cualquier petición poco razonable, procurará responder siempre con buen juicio y humildad, evitando contrariar al hermano que la solicita.

Tratar a todos con igual honor implica, de hecho, tratar a todos de forma diferente. El honor debe ser cualitativamente diferenciado según la persona hacia quien es dirigido. Benito parece estar consciente de la visión que el Nuevo Testamento tiene de la comunidad cristiana como cuerpo de Cristo. Usa la palabra *corpus* (RB 61, 6) al hablar de la comunidad y la expresión *membra* (RB 34, 1) cuando se refiere a los monjes. No obstante la pluriformidad inevitable en una comunidad, hace hincapié en su unidad fundamental en Cristo, lo que quiere decir que la comunidad monástica es un solo cuerpo, pero que sus miembros tienen funciones diferentes y complementarias. Nadie que haya visitado alguna vez a un monasterio pensará que todos los monjes son iguales. Cada monje no es reemplazable. La unidad y la igual dignidad no son equivalentes a una uniformidad impuesta que no reconoce ni celebra lo distintivo de cada individuo. Al monje talentoso se le permite ocupar sus dones, siempre y cuando ello no traicione el propósito que lo trajo al monasterio. (RB 57,1)

La comunidad monástica descrita en la *Regla del Maestro* (si es que tal comunidad existió alguna vez) pareciera haber tenido un gobierno parecido al “hombre orquesta”. De hecho su autor describe al abad como un “césar espiritual” (RM 93, 63). Pero san Benito, animando a sus monjes a compartir responsabilidades, va instituyendo un grupo de potenciales candidatos capaces de reemplazar al abad si fuera necesario. Además, está dispuesto a dejar en manos de toda la comunidad la tarea de elegir un nuevo abad, en vez de que su nominación provenga, por ejemplo, sólo desde la autoridad.[[16]](#footnote-16)

No se espera del abad que esté pensando en medidas para asegurar la continuidad de la comunidad tras su propia desaparición (lo que normalmente significaría después de su muerte), sino que, en gran medida, se espera que él sea casi invisible en la administración de la comunidad. Los tres verbos que san Benito usa para la función del abad son: *docere (*enseñar*), constituere (*establecer políticas)*,* y *iuber*e *(*darórdenes) (RB 2,4). Su tarea fundamental es propiciar, por medio de su instrucción, un determinado ambiente en la comunidad y san Benito pide que aquellos en quienes se delegan responsabilidades también lo hagan. Éste constituye, en mi opinión, un elemento crucial en el concepto benedictino de la autoridad: no es fundamentalmente una estructura de mando, sino algo más sutil. Implica la manifestación explícita y permanente de las creencias y los valores que definen la identidad de la comunidad, de modo que puedan ser absorbidos y asimilados por los monjes, y actuar así en consecuencia. Para asegurarse de esto, el abad, a través de sus políticas y mandatos, define y codifica las prácticas habituales de la comunidad. Este es precisamente el componente *regula* de la fórmula *sub regula et abbate*. Históricamente, las políticas se han codificado en costumbrarios (libros de costumbres) y éstos han jugado un rol significativo en la preservación del modo de vida benedictino. Si existieran vacíos que no contemplan ni la enseñanza ni las costumbres, entonces el abad deberá intervenir personalmente; pero ésta no es su principal función.

El contenido de lo que el abad enseña no es un invento suyo. Él simplemente traspasa la tradición de la vida evangélica que él mismo ha recibido y vivido. La fórmula que san Benito emplea es que no debe mandar “cosa alguna al margen del precepto del Señor” *(nihil extra praeceptum Domini)*. Sus enseñanzas no se limitan a lo verbal; brotan, en primer lugar, de su propio ejemplo.

“*Por tanto, cuando alguien acepta el nombre de abad, debe preceder a los discípulos con una doble enseñanza, es decir, que muestre todo lo que es bueno y santo con hechos más bien que con palabras, de manera que, a los discípulos capaces, les proponga los mandamientos del Señor con palabras; a los duros de corazón, en cambio, y a los más rudos, les enseñe los preceptos divinos con sus obras. Y a la inversa, cuanto haya enseñado a los discípulos que no está bien, muéstreles con su conducta que no deben hacerlo*” (RB 2, 11-13)

Del abad se espera que modele su enseñanza con su propio comportamiento, induciendo así en los monjes un proceso de educación por exposición e imitación. Benito tiene palabras condenatorias para los superiores que no practican lo que predican (RB 4, 61). Tomando prestada una frase de la Regla de San Agustín, Benito insiste en que la tarea del abad no consiste en reclamar el derecho a presidir, sino que debe servir a un propósito: *prodesse magis quam praesse* (RB 64, 8). Esto lo logra al hacerse uno con sus monjes; los abades comendatorios de la Edad Media y los abades príncipes de los siglos siguientes, que construyeron lujosas mansiones para su propio uso y vivían apartados de los monjes, tuvieron un impacto desastroso en sus comunidades[[17]](#footnote-17). Quizás esto sea más fácil de evitar en nuestros días porque el abad es generalmente elegido de entre los miembros de la comunidad, y no llega como “paracaídista” desde afuera. El hecho de que su historia personal –incluidos los desatinos que puediera contener– sea conocida por la comunidad, y de que sus formadores quizá estén vigentes, significa que es menos probable que sus aires pretenciosos, si los padece, sean tomados en serio.

Este ejemplo al que es llamado el abad no debe ser entendido como un mero rol que él deja de lado cuando no está siendo observado por los hermanos. Debe nacer de actitudes profundamente arraigadas por su contacto permanente con los textos y los ejemplos vivientes de la tradición que él busca transmitir. El abad debe encarnar en sus actitudes y comportamiento las cualidades que quiere ver florecer en sus monjes. La actitud fundamental de un abad benedictino debería ser tratar a los que están bajo sus cuidados con honor. Me siento tentado a decir “con honor exagerado” porque debiera ser aún más expresivo de lo que cada monje pareciera merecer.

Las personas que tienen autoridad debieran ser asiduos en usar las expresiones comunes de buenos modales en las que el papa Francisco tanto insiste: Por favor; gracias; perdón.[[18]](#footnote-18) Pero más allá de este primer paso, debe tratar siempre a los que dependen de él con una cortesía a toda prueba, y más allá de esto, con respeto sincero, y todavía más allá, con honor. Todo esto exige un alto grado de auto control, para no ser impetuoso y excesivamente reactivo, limitar el alcance de la autoafirmación y abstenerse de emitir juicios hasta que se examinen todas las pruebas. Implica también dar espacio a los demás, junto con velar para que no se socaven los requisitos para cumplir con el servicio de ser autoridad. Honrar a los demás es producto de ser competente y de tener confianza y no un signo de timidez, ni de debilidad. Nos recuerda el acertijo de Sansón en el Libro de los Jueces (14,14), “..del fuerte salió dulzura.”

Los líderes que toman a San Benito como su guía probablemente imprimirán un sello positivo a su administración y darán un ejemplo no solo para su personal sino también para los estudiantes que entran en su esfera de influencia y, por lo tanto, sirven como modelos de actitudes y comportamientos muy deseables de propagar.

Hay una palabra en la tradición monástica que describe el estado subjetivo de los superiores que honran con sinceridad a los que les rodean. Es la palabra “humildad”. Es un término conocido, pero dolorosamente mal usado; así que, permítanme examinarla un poco más de cerca para ver realmente qué significa.

1. **Segunda Palabra: La Humildad**

Se ha escrito tanta tontera acerca de la humildad durante el transcurso de los años, que siento incluso hasta una cierta renuencia a usar el término. Con demasiada frecuencia la humildad se ha asociado a un menosprecio de sí mismo, o a una mera pretensión con algún propósito oculto. Las personas que ocupan alguna posición dominante a menudo predican la humildad a sus subordinados con el motivo de reforzar su propio poder y para prevenir cualquier pensamiento de rebelión entre su gente. El diccionario de sinónimios y antónimos más comúnmente usado de habla inglesa (*Roget’s Thesaurus*) incluye entre sus sinónimos la expresión “como ratón”. En la lista de antónimos figuran palabras como “arrogancia” y “pomposidad” y efectivamente nos consta que los que ejercen el poder son condenados públicamente por tener tales vicios. La humildad es una cualidad que fácilmente notamos cuando falta en los demás, pero que nosotros mismos escasamente tendemos a cultivar.

En gran medida, en el lenguaje cotidiano, la humildad se considera una virtud social; tiene que ver con nuestro modo de mostrarnos frente a los demás. En contraste directo con esa noción, yo quisiera sugerir, en primer lugar, que la humildad no es una virtud y, por otra parte, que su campo de acción no es el del intercambio social. Es una cualidad que es esencialmente interior y sólo en un segundo plano podría llegar a ser observado por otros.

La Regla de San Benito, obviamente, tiene mucho que decir sobre la humildad y su escala de doce grados es bien conocida por ustedes. A menudo es interpretada como un programa de virtud. Sin embargo, al leer a Juan Casiano –fuente que usa Benito para ese capítulo– queda claro que sus grados no son programáticos, sino más bien fenomenológicos. Son indicadores *(indicia)* de manifiestaciones del crecimiento espiritual de una persona[[19]](#footnote-19). La humildad no es el triunfo del esfuerzo y la fuerza de voluntad[[20]](#footnote-20), sino que es más bien como un abandonarse hacia una existencia más humana, más natural y menos tóxica. No es impulsada por un deseo de ajustarse a estándares externos de comportamiento, sino que es la consecuencia natural de una persona que crece en conocimiento de sí misma a través de la capacidad de respuesta a la gracia de Dios. Lo que estoy diciendo es que la humildad es un fruto de la vida espiritual. Si deseamos ser humildes, tenemos que vivir una vida más espiritual; si queremos motivar a otros a ser humildes, debemos proporcionarles la teoría así como los medios para vivir espiritualmente.

Pero hay más. La verdadera humildad se deriva de estar expuestos a una realidad que es infinitamente más alta y grande que nosotros. Es empezar a considerarnos a nosotros mismos en relación con algo que es más grande y que es más noble. Como escribió san Bernardo de Claraval: “La humildad nace de un primer encuentro de la razón con la Palabra (divina).”[[21]](#footnote-21) Siendo siempre un don de la gracia de Dios, es esta exposición a la revelación de Dios, como sea que se dé, lo que inicia a la persona en el camino de la auténtica humildad. Al ser fruto de una activación y una iluminación de la mente y el corazón, la humildad es también un viaje hacia la verdad acerca de uno mismo, de las relaciones con los demás y la relación con Dios. La humildad se considera como un avance en el autoconocimiento en todos sus aspectos, tanto positivos como negativos. Es por eso que la primera señal que san Benito recomienda observar en los monjes es si poseen el “temor de Dios”, que no se trata de tener terror del Señor, sino más bien del asombro total frente a la maravilla de Dios; “el misterio que lleva a la vez al temor y a la fascinación”.[[22]](#footnote-22) Esto da como resultado que seamos serios y sobrios en nuestra autoevaluación, dejando de lado toda represión y negación y confrontando nuestra realidad total, la buena y la no tan buena: *oblivionem omnio fugiat* (RB 7, 10).

Si estamos hablando de inculcar humildad en aquellos que están bajo nuestro cuidado, nuestra primera preocupación debe ser ponerlos donde se puedan encontrar con esta realidad trascendente, para ser tan "tocados por Dios", que sus vidas conserven una huella permanente de la experiencia.

Entrar en contacto con la realidad última no siempre es fácil en una época en la cual la entretención evasiva es buscada como una necesidad prioritaria. La experiencia espiritual no se puede “producir” con técnicas derivadas de una especie de manual; es un don de la gracia que, la mayoría de las veces, surge precisamente cuando nuestras facultades racionales no están operando. Involucra al hemisferio derecho del cerebro más que al izquierdo. Lo máximo que podemos hacer como educadores es recurrir a nuestra propia experiencia para explicar, motivar y crear oportunidades para que otros crucen el umbral hacia el mundo espiritual, teniendo en cuenta que los niños se mueven a menudo mejor en este ámbito que los adultos. Esto implica exponerse a situaciones y estados tan contraculturales como la soledad[[23]](#footnote-23) y el silencio para permitir que aquello que ya está presente en el corazón pueda salir a flote a la superficie de la conciencia.[[24]](#footnote-24) Esto es, efectivamente, activar la gracia del Bautismo. En el fondo, ésta es una meta digna de la verdadera *e-ducatio* que, en sus raíces, es un proceso de *e-ductio*, es decir de guíar, o liderar, o ayudar a emerger algo que hasta entonces estaba latente o dormido.

Si queremos iniciar a otros en un proceso de humildad, debemos crear oportunidades para que puedan hacer contacto con la realidad espiritual. Por supuesto, esto exige tanto visión como coraje para ayudar a iniciar un proceso que durará toda una vida y cuyos efectos son imposibles de cuantificar y, más aún, posiblemente ni siquiera serán visibles durante un buen tiempo. Sin embargo, si queremos intensificar el carácter “benedictino” de nuestros colegios, pareciera que deberíamos enfocarnos en que nuestros graduados se vayan más comprometidos con su fe o –en palabras de san Benito– más comprometidos con “buscar a Dios”, que cuando llegaron a nuestras manos. Esto implica necesariamente que, en el entretanto, hayan sido sabiamente guiados y animados a ejercitarse en esto.

San Benito no pudo describir la humildad sino como la veía en la vida de unos monjes italianos del siglo sexto. Sin embargo, las diferencias entre nuestra situación y la de ellos son demasiado numerosas como para poder cuantificarlas. Por lo mismo, la manera en que la humildad se expresó en aquella cultura puede hoy no ser relevante para nosotros y hasta puede producirnos rechazo. Necesitamos ir más allá de la imagen que san Benito nos pinta, y mirar la realidad preguntándonos qué nos puede indicar hoy que una alguien posee esta cualidad.

Hay un grupo de expertos en diversas disciplinas que últimamente se han interesado en la humildad y que ofrecen ideas desde puntos de vista complementarios. Me limitaré a describir las opiniones de tres testigos de diferentes orígenes. Ellos señalan a la humildad como una cualidad que nos lleva a la solidaridad, que nos enseña a admirar y que nos permite reconocer el talento.

1. La Humildad como Solidaridad.

El primer testigo es Hugh Mackay, quien es, se podría decir, lo más parecido que tiene Australia a un intelectual público. En un breve artículo sobre el tema de la Navidad, señala que la humildad se trata de la aceptación realista de uno mismo, que hace posible un sentido de solidaridad con otros.[[25]](#footnote-25) “Una vez que removemos las capas de nuestros autoengaños, la humildad es simplemente la respuesta natural del corazón humano a la experiencia de ser parte de la gran masa de la humanidad.” Esto, sin embargo, no es tan fácil. La mayoría de nosotros tenemos y atesoramos fantasías equivocadas acerca de nuestro propio valor. Mientras sigamos negando nuestras falencias, no podemos conocer y amar plenamente la verdad de lo que somos. La única manera en que pueda ocurrir un profundo autoconocimiento es que entremos en contacto con aquella consideración positiva e incondicional de nosotros mismos que hace irrelevantes las etiquetas positivas y negativas de nuestra vida. Si experimentamos que somos plenamente conocidos, aceptados y queridos como somos, no tendremos miedo en reconocer la imperfección de nuestra vida y la precariedad de nuestras virtudes.

Cuando aceptamos la verdad sobre nosotros mismos y dejamos de defender nuestro indefendible reclamo de integridad, comenzaremos a mostrar algunos de los rasgos humanos más deseables: la capacidad de cooperar y colaborar en proyectos comunes, la voluntad de dar un paso atrás y dejar espacio para otros. Tanto en la conversación como en la actividad, brotarán la voluntad de entablar un diálogo no contencioso con aquellos con los que no estamos de acuerdo y –como señala San Bernardo con frecuencia– una compasión por las debilidades de los demás que suplanta nuestra tendencia a condenar al instante.[[26]](#footnote-26)

Mackay concluye su artículo así: “Quizás, en el proceso de aceptar que somos el tipo de personas que realmente somos –desordenadas, inconsistentes, neuróticas, pero también nobles, sinceras y entrañables– podremos encontrar un nuevo nivel de respeto más realista para con nosotros mismos y los demás."

1. La Humildad como Admiración

Mi segundo testigo es el Rabino Mayor de Gran Bretaña, Lord Jonathan Sacks.[[27]](#footnote-27) Él dice que la humildad consiste fundamentalmente en “la capacidad de admirar…estar abierto a algo más grande y mayor que uno mismo. La falsa humildad es la pretensión de que uno es pequeño. La verdadera humildad es la conciencia de estar en presencia de la grandeza.”

Vivir en la presencia de Dios es una garantía de que uno desarrollará una apreciación realista de su posición relativa en el universo. Admirar es salir de uno mismo, es una forma de éxtasis, perderse en el asombro del otro. "La humildad, entonces, es más que una virtud: es una forma de percepción, un lenguaje en el que el "yo" está en silencio para poder escuchar al "tú"... La humildad es lo que nos abre al mundo".

La humildad, la verdadera humildad, es una de las virtudes más expansivas y de las que más mejoran nuestra propia vida. No significa subestimarse. Significa valorar a otras personas. Denota una cierta apertura a la grandeza de la vida y una disposición a dejarse sorprender, elevado por la bondad, donde sea que se la encuentre.

El “silencio del ego” nos permite ajustarnos a nuestro verdadero lugar en el mundo, para situarnos en la verdad. Los que alcanzan este estado se vuelven testigos y puntos de acceso al mundo espiritual. Estar con ellos nos deja radiantes tras la calidez del encuentro.

“Sabemos cuando hemos estado en presencia de alguien en quien respira la presencia Divina. Nos sentimos afirmados, ampliados y con buenas razones. Porque hemos conocido a alguien que, sin tomarse en serio a sí mismo, nos ha mostrado lo que es tomar con la mayor seriedad aquello que es el “no yo”.

1. La Humildad como el apreciar los dones

Mi tercer testigo es Martín Seligman, el fundador del movimiento de “Psicología positiva”.[[28]](#footnote-28) Su comprensión de la plenitud humana tiene su eje en la noción de reconocer los más altos dones que uno posee y el ponerlos al servicio de algo más grande que uno mismo. El espíritu de servicio nace de un reconocimiento agradecido de los dones recibidos –tanto los innatos como los que hemos cultivado– y una comprensión de que el haber recibido un don de alguna manera conlleva una obligación a devolver la mano.

Su conclusión es que es más probable que la humildad surja en el contexto de una comunidad que da mensajes de consideración positiva e incondicional, en el que la persona se siente segura y valorada. La participación integral en dicha comunidad implica el reconocimiento de los talentos característicos de cada cual en el contexto de los demás y de la realidad, y la voluntad inconsciente de usarlos para el bien común, sin tratar de elevar el propio estatus.[[29]](#footnote-29)

Estas luces desde tres puntos de vista contemporáneos que he citado nos permiten ver la *humilitas*  como una vecina cercana a la *humanitas*.[[30]](#footnote-30) Al fin y al cabo, tienen una raíz común: *humus.* El carecer de humildad es desviarse y alejarse de la genuina humanidad, porque nos encierra en la celda de la autoapreciación y, de este modo, inhibe nuestra interacción agradecida y creativa con la realidad de nuestro entorno. Nos demos cuenta o no, de este modo quedamos disminuidos como personas.

Las personas humildes poseen alguna conciencia de que existe una realidad que es mayor que ellos mismos. Reconoce su solidaridad hacia los demás y huyen de cualquier tendencia de tomar lo bueno como un derecho ya adquirido. Cooperan en vez de competir. Hacen espacio para los demás y experimentan una genuina empatía por ellos. Tienen la capacidad de reconocer y admirar los dones de los demás, tanto como los suyos propios, y están dispuestos a ponerse al servicio de la comunidad y aún más.

🕮

Ya sea en la vida monástica o en el contexto de la educación de los jóvenes, aquellos que tienen la responsabilidad de ayudar a otros a crecer, es decir, aquellos que tienen autoridad, no pueden hacer nada mejor que atender el mandato de San Benito para mostrar honor a todos, especialmente a aquellos que aparentemente no lo merecen. Nada tiene un efecto más estimulante que tomar a las personas en serio tal como son, afirmando sus talentos, ayudándoles a vivir en armonía y alentándolos a apreciar todo lo que es bueno, verdadero y bello. En otras palabras, ayudarlos a convertirse en una humanidad genuina. Al honrar a los demás desde la humildad, los alentamos a honrarse a sí mismos y vivir en la verdad de quienes son y en quién pueden convertirse. De esta manera, la tradición benedictina se actualiza, alcanza una expresión nueva y vibrante, y se transmite a la próxima generación. Todavía podemos presenciar un nuevo florecimiento del "amor al aprendizaje y el deseo de Dios". Y ese dichoso fruto, me parece, está en sus manos.

1. Descargado de ForbesQuotes on forbes.com, 5 de agosto 2019. [↑](#footnote-ref-1)
2. Me encuentro en deuda con el título del estudio divisorio de las aguas de Jean Leclercq de la cultura monástica medieval, *El amor por las letras y el Deseo de Dios. (Editorial Sigueme, 2009)* [↑](#footnote-ref-2)
3. Este punto de vista parece recibir el apoyo de John Gray en *Seven types of Atheism* (London: Allen Lane, 2018). Él postula que los valores claves de la mayoría de las formas del ateísmo humanista actual no son más que restos de cristianismo. [↑](#footnote-ref-3)
4. Larry Siedento, *Inventing the Individual: The origins of Western Liberalism* (London Penguin, 2015), p.88. Esta postura es apoyada por Robert Wilken, *Liberty in the Tings of God: THe Christian Origins of Religious Freedom* (New Haven, Yale University Press, 2019), donde el autor dice que la libertad religiosa fue en primer lugar reclamada para grupos religiosos. Esto ocurrió en tiempos de Tertuliano cuando comunidades cristianas estaban expuestas a la persecución por motivos de “ateismo”. Más tarde se consideró una libertad análoga como propia del individuo: desarrollo impulsado, al menos en parte, por el concepto de san Pablo de la conciencia no sólo como árbitro de acciones ya llevadas a cabo en el pasado, sino también como guía de comportamientos futuros. ¿El resultado? concluir que las personas tenían el derecho y el deber de seguir los dictámenes de su conciencia, incluso cuando esto pasaba por el disentir normas comúnmente aceptadas. Ver también Terrence Kardong, *“Respect for Persons in the Holy Rule: Benedict’s contribution to human rights”*. *Cistercian Studies Quarterly* 27.3 (1992), págs.199-207. Reimpreso en *Commentaries on Benedict´s Rule II* (RIcharton: Assumption Abbey Press, 1995), págs. 91-99. [↑](#footnote-ref-4)
5. Siedentop, *Inventing the Individual*, p.99. [↑](#footnote-ref-5)
6. Siedentop, Inventing the Individual, p.93. [↑](#footnote-ref-6)
7. Siedentop, Inventing the Individual, p.96. [↑](#footnote-ref-7)
8. Siedentop, *Inventing the Individual*, p.97. [↑](#footnote-ref-8)
9. Siedentop, *Inventing the Individual*, p.98. [↑](#footnote-ref-9)
10. Esto que en evidencia al compararlo con su fuente RM 5. [↑](#footnote-ref-10)
11. Que los monjes de Vicovaro hayan intentado envenenarlo nos hace cuestionar sus atributos de superior. Ver Diálogos II 3, 2-4 del papa san Gregorio Magno. [↑](#footnote-ref-11)
12. Terrence G. Kardong, *Benedict Backwards: Reading the Rule in the 21st Century* (Collegeville: Liturgical Press, 2017) [↑](#footnote-ref-12)
13. Ver M. Casey, *Seventy-four Tools for Good Living* (Collegeville: Liturgical Press, 2014), pags. 24-30. [↑](#footnote-ref-13)
14. Para un tratamiento comprensivo, si bien escrito un tiempo atrás, ver M. Casey, “Leadership pin a Benedictine Context,” *Tjurunga 22* (1982), págs. 5-103. Ver también Margaret Malone, *“Authority as a Service of Love”* en *“Benedict’s Abbot and Saint Augustine,”* en *Living in the House of God: Monastic Essays* (Collegeville: Cistercioan Peublications, 2014), págs 45-52 y 53-63. [↑](#footnote-ref-14)
15. Terrence Kardong hace la observación que la última frase “según lo merecen” es un pequeño desliz en cuanto al principio que se está explicando; de hecho no aparece en el texto paralelo de *La Regla del Maestro.* Ver *Benedict’s Rule: A Translation and commentary* (Collegeville: Liturgical Press, 1996), p.57.  [↑](#footnote-ref-15)
16. Sin embargo, parece que él mismo no siempre obedecía su propia norma en esta materia. [↑](#footnote-ref-16)
17. Acerca de la fraternidad del abad, ver Casey, “*Leadership*” (Liderazgo), págs.. 89-90. San Benito no hace referencia a los monjes como “hijos” de su abad, sino que como “hermanos”. Ver Ambrose Wathen, “*Fraternity as an aspect of the Experience of God in the Cenobium*” (La fraternidad como un aspecto de la experiencia de Dios en el Cenobio), *Monastic Studies* 9 (1972), págs.. 123-130. [↑](#footnote-ref-17)
18. Ver, por ejemplo, la Catequesis del 13 de mayo de 2015. [↑](#footnote-ref-18)
19. Así, Inst. IV 39,2: *humilitas uero his* ***indiciis*** *comprobatur.* IV 39, 3: *Talibus namque* ***indiciis*** *et his similibus humilitas vera dinoscitur.* [↑](#footnote-ref-19)
20. Como ha comentado el papa Francisco, lo opuesto de la humildad es la herejía del Pelagianismo, en donde la confianza última se pone humanamente en el querer y en el lograr. Gaudete et exultate Núm 49. [↑](#footnote-ref-20)
21. Hum 21; SBOp 3, p.34. [↑](#footnote-ref-21)
22. *Mysterium tremendum et fascinosum:*  según la terminología de Rudolf Otto: *The Idea of the Holy (La idea de lo Santo)* Nueva York, Oxford University Press, 1980) [↑](#footnote-ref-22)
23. N. del T. *solitude, not loneliness* soledad en el sentido de aprovechar de tener espacio y tiempo, no de sufrir el estar solo. [↑](#footnote-ref-23)
24. Existe un interés creciente en el experimentar el silencio, demostrado, por ejemplo, por las siguientes obras: Max Picard, *The World of silence* (Wichita: Eighth Day Books, 2002). Eckhart Tolle, kStillness speaks (Sydney: Hodder, 2003). Stuart Sim, *Manifesto for Silence. Confronting the Politics and Culture of Noise* (Edinburgo: Edinburgh Unversity Pres, 2007). Sara Maitland, *A Book of Silence* (London: Granta Publications 2008). DIarmaid MacCulloch, *Silence; A Christian History,* (London: Penguin Books, 2013) Maggie Ross, *Silence: A User’s Guide* (Dos tomos), (London: Cascade, 2014 y 2017). Erling Kagge, *Silence in the Age of Noise* (London: Penguin Books, 2018). Alain Corbin, *A History of Silence: From the Renaissance to the Present Day* *(Oxford: Polity Press, 2018).* [↑](#footnote-ref-24)
25. Hugh Mackay, *“Un gran momento para el gran don de la humildad.”* The Age, 21 de diciembre de 2002. [↑](#footnote-ref-25)
26. Su tríada dinámica es la humildad o el autoconocimiento que conduce a la compasión que conduce a la contemplación. Ver, por ejemplo, Hum 19, SBOp 3, p. 31 [↑](#footnote-ref-26)
27. ABC (Canal Australiano de medios, TV) “*Religion and Ethics”*, Programa del 14de junio de 2018. Descargado de abc.net.au, 5 de Julio de 2019. Ver también The Tablet, 1 de Abril de 2000, p.451. [↑](#footnote-ref-27)
28. Christopher Peterson y Martin E.P. Seligman, *Character Strengths and Virtues: A Handbook and Classification,* (Fortalezas de carácter y virtudes: Un Manual y Clasificación), (Now York, Oxford University Press, 2004). Capítulo 20: Humility and Modesty, págs. 461-475. [↑](#footnote-ref-28)
29. Más allá de notar que la humildad implica la ausencia del narcisismo, la auto-promoción o la necesidad de defendernos, nuestro autor habla de seis puntos que nos pueden ayudar a entender su aproximación: 1. La humildad no pasa por el auto-desprecio, la negatividad o una actitud de mirar muy en menos a uno mismo; es más bien una predisposición que, prescindiendo de defenderse, quiere verse a sí mismo tal como es, con sus fortalezas y debilidades. 2. La humildad trae potentes beneficios para el individuo, tanto en términos del bienestar emocional como de auto-regulación. 3. Personas humildes acogen información exacta acerca de sí mismos y, por lo tanto deberían ser más fáciles de enseñar. 4. La humildad crece por medio de la retro-alimentación real acerca de fortalezas y debilidades que se otorga en un ambiente de preocupación y respeto. 5. El verse a sí mismo con humildad pueden prevenir la escalación de conflictos y facilitar el camino del perdón. 6. Creenecias que trascienden uno mismo no son esenciales para la humildad, pero pueden contribuir en forma importante a que ésta crezca. (parafraseado de págs. 462-464). Según Seligman, la humildad no es estimulada tanto por sistemas educativos que incluyen: a. un énfasis extremo en desempeño, imagen, popularidad u otras fuentes externas de auto-evaluación, b. alabanza o críticas que son inexactas o excesivas, c. comparasiones frecuentes, especialmente cuando acompañadas por mensajes competitivos, (parafraseado de p.471). [↑](#footnote-ref-29)
30. Ver M. Casey, *“The ‘humanitas’ of the Benedictine Tradition,*” en John Stanley Martin (Editor), *St Benedict: A Man with an Idea* (Melbourne: Faculty of Arts, University of Melbourne, 1981), págs. 27-36. [↑](#footnote-ref-30)